

Secretos revelados

Saúl empezó su reinado de manera bastante controvertida, muy frágil, dependiendo mucho más de la autoridad consolidada de Samuel, el último juez, que de su vacilante andar. Vimos que Saúl fue rechazado por Dios; no fue aprobado por su vacilante manera de lidiar con el mandato divino, con la palabra de Dios. Y ahora, llegando al capítulo 16, vemos que Dios anuncia la sustitución del líder. El texto nos dice lo siguiente: “Un día, el Señor le dijo a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar triste por causa de Saúl? ¿No recuerdas que yo lo deseché como rey de Israel? Mejor llena de aceite tu cuerno, y ve a Belén; allí, vas a visitar a Yesé, porque uno de sus hijos será el próximo rey de Israel.» Y Samuel le preguntó: «¿Con qué pretexto voy a ir? Si Saúl llega a saber a qué voy, de seguro me matará.» El Señor le respondió: «Llévate una becerra de la vacada, y di que vas a ofrecerme un sacrificio. Llama luego a Yesé para que te acompañe en el sacrificio, y allí te diré lo que tienes que hacer, y consagrarás como rey a quien yo te diga.»”

Dios da el paso, del rechazo pasa a la sustitución por su falta de obediencia. Saúl no se amoldó a las exigencias de Dios, más bien quiso torcer todo a su conveniencia. Pero no queda allí la situación, ahora llega el momento de las consecuencias. Porque Dios no deja sin ejecutar su sentencia. El texto nos presenta el anuncio de sustitución de un jugador por otro, pues Saúl estaba perjudicando al equipo.

Esto me hace acordar a esos entrenadores que desde la línea del campo llaman la atención a un jugador para que se ajuste al plan de juego, pero que sin importarles lo que se le dice, constantemente desobedece las órdenes y no sigue el plan. Ese es el caso de Saúl, su desempeño es pésimo, desobedece contumazmente, no se toma en serio las cosas de Dios, y demuestra fragilidad en el liderazgo, cediendo a las presiones por conveniencias políticas y personales. Por lo tanto, Dios le dice a Samuel: ‘Deja a Saúl, no llores más por él, vete a Belén y allí encontrarás a Yesé, pues he escogido a alguien de su familia para sustituir a Saúl.’

Digamos que Saúl había sido el rey, un rey que agradaba al pueblo, dominado por sus pasiones, no siempre es lo mejor, no lo fue en este caso, y no lo es en ninguno que tenga que ver con los principios de Dios. Entonces surge la pregunta ¿cómo se diferencia este nuevo rey del anterior? Primero, porque la iniciativa la toma Dios, en el anterior el pedido fue del pueblo. Entonces, Samuel obedeciendo la orden de Dios llega a la ciudad de Belén e invita a la familia de Yesé...en la Reina Valera 1960 aparece como Isaí, o Jesé en otras traducciones... en la Reina Valera Contemporánea, que estamos usando como base para Misión 66, se le llama Yesé. Es que es difícil traducir fonética o literalmente los nombres hebreos. Pero estamos hablando de la misma persona.

Allí llega Samuel para este sacrificio, invitando a Yesé, a los ancianos de la ciudad y una vez purificados se juntan para el sacrificio. De alguna manera eso mantenía también a Saúl lejos de ese escenario. Dice la Escritura así: “Y cuando todos estuvieron reunidos, Samuel vio a Eliab, y pensó: «Seguramente, éste es el que Dios ha escogido.» Pero el Señor le dijo: «No te dejes llevar por su apariencia ni por su

estatura, porque éste no es mi elegido. Yo soy el Señor, y veo más allá de lo que el hombre ve. El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero yo miro el corazón.”

Es interesante observar aquí la crítica implícita sobre la manera en la que se toman decisiones. Desde el punto de vista humano, lo que se espera es un rey fuerte, un rey poderoso, un rey alto, que sea un gran guerrero, que sea impresionante a la vista. Saúl tenía todo eso... Y Samuel, aun con su gran experiencia, aun habiendo visto lo sucedido con Saúl, también está influenciado por este criterio. Y él pensó que Eliab era el escogido. Por eso debemos renovar nuestra manera de pensar como enseña La Biblia y alinearnos con Cristo. Fíjate como sigue la escena en el versículo 8:

“Luego Yesé llamó a Abinadab, y lo puso enfrente de Samuel, pero éste dijo: «Tampoco éste es el elegido del Señor.» Yesé presentó también a Samá, y Samuel repitió que tampoco éste era el elegido del Señor.” Y uno tras otro, Yesé le presentó a siete de sus hijos, pero Samuel le dijo que el Señor no había elegido a ninguno de ellos. Por lo que tuvo que preguntarle: “¿Éstos son todos tus hijos?”

El propio Yesé había despreciado a su hijo más joven de esa lista de posible elegido. Es impresionante que al traer esos hijos ante el gran líder Samuel, observaremos que Yesé no utilizaba los parámetros que Dios había establecido para Su llamado. Así que, cuando él señala que el más joven está cuidando de las ovejas, Samuel dijo: “Manda a traerlo, porque sin él no podemos sentarnos a la mesa.”

Yesé mandó a traerlo, y cuando éste llegó lo invitó a pasar. Era un jovencito rubio, de hermosos ojos y de agradable apariencia. Entonces el Señor le dijo a Samuel: «Éste es mi elegido. Levántate y conságralo.» Parece que los estándares de belleza de la época eran diferentes al soñado rubio de ojos azules por el cual muchas chicas suspirarían hoy día. Así que, en contra de los parámetros de la época, (para lo que suponían debía ser la figura de un rey) y mirando, por el contrario, su corazón, Dios le manda a Samuel a ungir a este púber, este joven muchachito.

Dice el texto que “Samuel tomó entonces el cuerno en donde llevaba el aceite, y lo ungió como rey en presencia de sus hermanos. Y a partir de ese día el espíritu del Señor estuvo sobre David. Después de eso, Samuel regresó a Ramá.” Vemos que se consolida el rechazo de Saúl, él no es el rey que Dios tiene en mente. Su comportamiento es absolutamente incompatible con su llamado. Su manera de lidiar con las cosas de Dios ciertamente lo incapacita para seguir adelante y David es el escogido de Dios, aunque ni su familia pueda ver en él aquello que Dios está viendo. El Espíritu de Dios se apodera de David y a partir de ahí vamos a empezar a ver un escenario en el que Saúl va a perder espacio y David crecerá. Y otro dato importantísimo es observar que a partir de ese día el Espíritu del Señor estuvo sobre David. Además, fíjense en el versículo 14. El texto dice que “El Espíritu del Señor ya se había apartado de Saúl...” En su lugar el Señor le envió un espíritu maligno que lo atormentaba constantemente. Tremendo, ¿verdad?...

Y en su desamparo, los siervos de Saúl sugirieron una solución que llama la atención. Una especie de cura musical de hecho, ellos le dijeron: «Sabemos que te atormenta un espíritu maligno que viene de Dios. Te sugerimos que envíes a alguno de nosotros

para que busque quién sepa tañer el arpa. Así, cuando tu espíritu sea atormentado, éste tocará el arpa y la música calmará tu espíritu.»”

Nos suena como a una especie de musicoterapia de los tiempos antiguos, para intentar resolver esa situación. El texto no dice necesariamente que eso era lo que realmente ocurría, sino que esa era la expectativa. Es que cuando la gente está desesperada de dolor o enfermedad, están dispuestas a probar en lo que sea... Saúl entonces, en el sufrimiento que está enfrentando, le pide a sus siervos que encuentren a alguien que pueda hacerlo. Entonces, fíjate qué cosa sorprendente. Uno de los oficiales va y responde esto: “«Yo conozco a uno de los hijos de Yesé, el de Belén. Toca muy bien el arpa; es un joven valiente, fuerte y aguerrido; además, es prudente cuando habla, y muy apuesto, y el Señor está con él.»”

“Entonces Saúl envió unos mensajeros a Yesé, para que le dijeran: «Envíame a tu hijo David, el que cuida las ovejas.» Yesé tomó un asno, lo cargó con pan y una vasija de vino, y un cabrito; y por medio de su hijo David se lo envió a Saúl.” David entonces se va al palacio, se presenta ante Saúl. Y fíjate que Dios ya está trabajando para que David esté cerca de la corte real. David es de Belén, es de Judá, y veremos que se presenta ante Saúl quien queda bien impresionado con él, lo nombra su escudero y pasa a trabajar para él.

¡Increíble cómo Dios va ordenando todo paso a paso! Con gran precisión y a su debido tiempo, lo que tenemos es un proceso de formación, preparando al nuevo rey. Se junta el inicio de la carrera militar de David, pero, además, cada vez que el espíritu maligno de parte de Dios atormentaba a Saúl, David tomaba su arpa y tocaba. Con esto, dice el texto, Saúl se calmaba y lo hacía sentirse mejor, y el espíritu maligno se apartaba de él.

Podríamos llamarlo una especie de “terapia musical ancestral,” parece que los antiguos ya sabían que la música reduce la ansiedad y calma a las fieras. En el caso de Saúl esto aliviaba temporalmente al atormentado rey desechado, sin saber que quien tocaba el harpa para él era el elegido para sustituirlo en el trono. ¡Ay Saúl, Saúl! Cómo desaprovechó la oportunidad concedida, no tomó en serio ni entendió aquello que Dios priorizaba. Por eso, perdió su posición.

Pero Dios no pierde el control de la historia. No. Porque una vez que Saúl fue descalificado, Dios ya tenía a David como escogido, para prepararlo para el cargo, y vimos aquí el inicio de la sustitución, de quien asumirá el protagonismo del escenario de aquí en adelante. La gran lección aquí es la contraposición de criterios. La diferencia de los criterios humanos en relación a los criterios divinos. Dios escoge a alguien que será llamado, un hombre conforme al corazón de Dios, y a través de la obra de Dios en la vida de ese sustituto de Saúl, de este joven que empieza a crecer dentro de los límites del mismo palacio real, veremos cómo Dios será glorificado en su vida y cómo eso nos ayudará a entender cómo Dios opera también en nuestras vidas.